

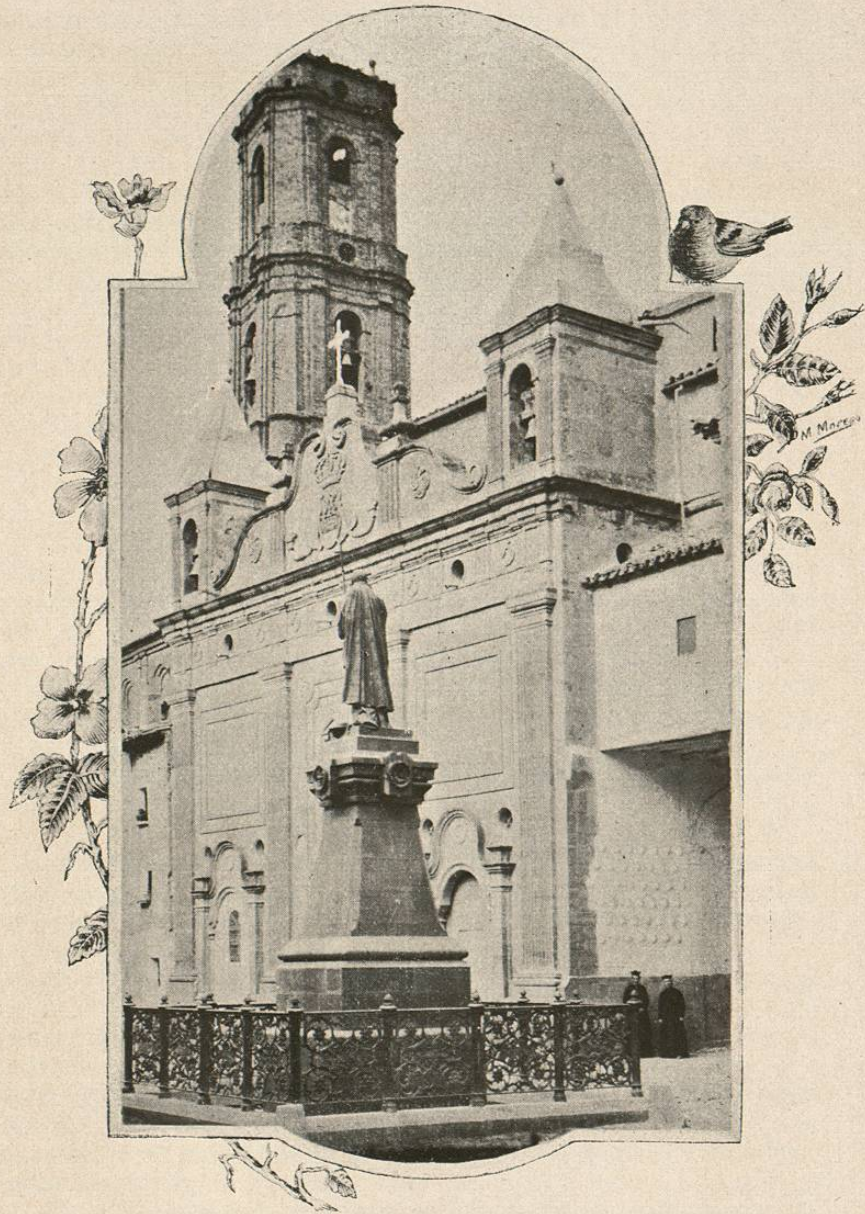
Amaba de todo corazón á los que sentían lo mismo. Un caballero español le llevó una carta de un pariente suyo, General de los ejércitos de Felipe III, en los confines de Navarra. El Religioso encargado de entregarle el pliego, le hizo notar, que por medio de aquel pariente podía hallar algún medio de defender su inocencia. José le reprendió fuertemente, y le hizo salir de su cuarto sin querer recibir la carta.

Jamás pudo hacerse su retrato. Notando un día, que á instigación de sus discípulos, trataba de copiar un pintor sus rasgos principales. ¡Qué locura, le dijo, querer hacer mi retrato! ¿Os he pagado el trabajo? y le impidió continuar. Recomendaba á sus Padres que fueran los primeros en saludar á los Religiosos de otras Ordenes, y que no permitieran que se les adelantasen. Prohibió que se le llamara Reverendísimo, tratamiento que se da á todos los Generales de las Ordenes Religiosas. A los que en sus cartas le daban aquel título, contestaba: «No me llame V. R. »*Reverendísimo*, pues ni merezco que me llamen *Reverendo*». El 2 de mayo de 1648, tres meses antes de su muerte, escribía en una de sus últimas cartas: Avanzará rápidamente en la virtud el que se esfuerce por adquirir la santa humildad: porque la verdad es que el Religioso es tan santo como humilde. Quiera Nuestro Señor misericordioso, derramar en nosotros el santo espíritu de la humildad.

POBREZA

Dicen las Constituciones escritas de puño y letra de San José: «Los Religiosos deben amar y conservar firmemente en su pureza, como muralla firmísima de la Religión la Venerable Pobreza, madre de la preciosa humildad y de las demás virtudes; cuyos efectos procurarán todos experimentar algunas veces». Ya hemos visto cómo observó su Regla aun antes de haberla escrito, y cómo mereció que se le apareciese cinco veces la Pobreza en figura de una mujer mal vestida, y cómo, en fin, en una de sus visiones lo desposó San Francisco con la Pobreza, cuando vivía aún en el siglo. Por eso fué muy grande su gozo, cuando, al fundar Paulo V la Congregación Paulina, ordenó que los votos simples obligasen á los Religiosos á la pobreza más estricta, tanto en común, como en particular. Según aquel Decreto estableció en la Orden la Pobreza completa.

Pero cambiósese más tarde aquella disposición, conforme á las prescripciones canónicas, por Gregorio XV, cuando fué elevada la Congregación al grado de Orden Religiosa con votos solemnes. En conformidad con las prescripciones del Concilio de Trento que ordena que todas las casas de los Mendicantes, á excepción de los Franciscanos Observantes y Capuchinos, puedan poseer bienes raíces, no obstante Constituciones contrarias, entraron las Escuelas Pías en el Derecho común, y pudieron poseer bienes raíces para el mantenimiento de sus casas. A pesar de esto conservó San José intactas las Reglas de la Pobreza, hacién-



CAPILLA LEVANTADA EN HONOR DE SAN JOSÉ DE CALASANZ
EN LA MISMA CASA EN QUE VIÓ LA PRIMERA LUZ

dolas observar con la mayor escrupulosidad, no por obligación, sino por libre elección. Mientras vivió, no usó de esta facultad de poseer, sino en la casa de Chieti, para poder educar allí gran número de estudiantes Profesos, en el Colegio Nazareno dotado por el Cardenal Tonti, y en el de Nicolsbourg, destinado también estudiantes Profesos, y á algunos estudiantes seculares sin fortuna. Recordemos el legado de ochenta mil escudos, cerca de 500.000 pesetas, que hemos citado ya. Véase lo que declara el Padre Bellei: «Pegado fuertemente á la santa Pobreza no admitió legados y otros dones considerables. Sé que renunció tres »ó cuatro donaciones, no faltándole nunca santos pretextos »para hacerlo..... Era enteramente pobre, y estaba tan aficionado á esta virtud, que quería que su religión se llamara de »los *Clérigos pobres* exhortando á los Religiosos á amar tal título, estimando esta virtud más que todas las riquezas. Durante su deplorable proceso, le llevó cincuenta escudos una »persona piadosa, un Príncipe, sesenta, otro Príncipe ciento »para ayudarle á defender su causa. Pero se decía que le quemaba el dinero; inmediatamente los llevó á su miserable Superior, Mario, que se sirvió de ellos contra nuestro Santo..... »Enamorado de la Pobreza, la practicaba en todo, buscando los »vestidos más gastados, y deshechos, cambiando frecuentemente »los suyos con los que los tenían peores. En su pequeño cuarto »no había más que lo estrictamente necesario. Un día, declara »el Hermano Stifi, viendo que tenía la capa en mal estado, me »la quitó de los hombros, dándome la suya que era mejor, y »guardando la mía para su uso».

Hemos hablado de aquel pobre caballero inglés llamado Tomás Coccheri, á quien ayudaba José. En el proceso declaró así: «Lo que más admiraba yo en él era su gran pobreza, y puedo afirmar que todos los vestidos que tenía en su cuarto no valían un escudo—5,35 pesetas—en el momento de su muerte; tan »viejos y gastados estaban». En efecto, se mueve á veneración, cuando se visita el pequeño cuarto en que vivió treinta y seis años; y sobre todo, cuando se obtiene permiso para celebrar la santa Misa con el pobre cáliz que le sirvió todos los días, cuyo favor hemos obtenido varias veces. Todos sus muebles, religiosamente guardados en sus vitrinas, son tan pobres como poco numerosos, como eran á la hora de su muerte, diciendo mejor que todos los discursos la extrema indigencia del Santo; y aún se despojó de todo aquello poniéndolo en las manos del Superior antes de morir.

En su ancianidad, y en lo más fuerte de su enfermedad, se negaba á aceptar cuanto pudiera servir para su consuelo, y que le ofrecían las personas piadosas; lo llamaba superfluidad. Las Señoras de Chieti, que favorecían mucho á sus Escuelas, quisieron enviarle algo, y el Santo escribió al Superior el 24 de enero de 1647: «En cuanto á la caridad y piadoso afecto de las Señoras Claudia y hermana, pobre y viejo, no quiero nada

»superfluo, deseando morir pobre de las cosas de la tierra. Estaré contento con que esas Señoras ruegen por mí á nuestro Señor, yo las tendré presentes todas las mañanas en la Santa Misa».

Constantemente recomendaba la pobreza en sus cartas, como se ve por los extractos siguientes que tomamos al azar: «Si quieren crearme los Padres de nuestra Orden, deben trabajar por ser humildes y verdaderamente pobres. Entre estas dos virtudes encuentro yo la caridad, fin de toda Religión.—En cuanto á la Santa Pobreza que conocen pocos, siendo menos los que la estiman, será para nuestra Orden un apoyo tanto más firme, cuanto á mayor perfección se eleve entre nosotros.—Cuanto más pobre es uno, tanto más amor manifiesta á Dios, habiendo muchos que pierden este amor de Dios por el afecto desordenado que tienen á un libro, á un sombrero y á otras bagatelas de la misma especie».

CASTIDAD

Cuanto hemos dicho de las mortificaciones y de la pobreza de nuestro Santo, parecía que no tenía para él más que un solo objetivo, la conservación de la castidad, virtud llamada así, porque castiga la concupiscencia. José guardó intacta hasta su muerte esta virtud que es la más hermosa, la más suave, la más brillante de todas las virtudes, el tesoro y la perla preciosa del alma. Recordarán nuestros lectores todo lo que hemos dicho de sus primeros años, de aquel escrupuloso cuidado de no dejarse ver descubierto ni de su propia madre, de aquella atención á reprimir la menos libre palabra de sus compañeros, de aquella precaución de refugiarse en las iglesias para librarse de jóvenes peligrosos en las recreaciones. Mas aún: en sus primeros años consagró á María virginidad perpetua, siendo desde entonces más modesto que nunca en las palabras, en las miradas y en su continente. No se habrá olvidado su hermosa victoria de Valencia, y su precipitada fuga de aquella ciudad para evitar la ocasión.

Cuando fundó sus Escuelas, su objeto principal y directo fué conservar tan hermosa virtud en los niños que él llamaba *Ángelitos de Dios*. Declara un testigo sobre esta intención expresa de Calasanz: «Lo que más prueba la pureza de su vida es el gran cuidado que puso siempre en la buena educación de los jóvenes, velando especialmente por su modestia y decencia en el continente, regulando todas sus acciones, de manera que pudiera insinuarles amor á la pureza y á la inocencia. A este efecto, el día de Santo Tomás de Aquino mandaba á todos sus alumnos que se proporcionasen un cordón que bendecía él, poniéndoseles en la cintura para obtener de Dios por intercesión del Doctor Angélico la virtud de la castidad».

Para hacer reinar en las Escuelas esta virtud, compuso numerosos y excelentes reglamentos para los Maestros, Superiores

y Visitadores. Nadie se atrevía á comparecer ante él en pecado mortal, porque sabían que inmediatamente conocía el hedor del pecado de impureza.

Para obtener en sus Religiosos la pureza sin mancha, además del capítulo especial sobre la Castidad, que se halla en sus Constituciones, escribió otro sobre los medios de conservar esta virtud, y dos más sobre el alejamiento de los seglares, y sobre las reglas de la modestia. Añadía á todo esto instrucciones llenas de fuego, cartas en que renovaba sus recomendaciones, y sobre todo, su propio ejemplo. Dejemos hablar á los testigos de su vida. «Era tan grande su modestia que cuando oía una palabra poco decente, se ponía encarnado como una joven. En sus conversaciones con los Padres ó con los extraños, hablaba constantemente del amor de esta virtud, y hacía notar que, habiendo permitido nuestro Señor que se le acusase de estar poseído del demonio y de ser Samaritano y seductor, jamás sufrió que se le atacase en esta hermosa virtud».

«Encendía en el amor á la pureza á cuantos hablaban con él, y manifestaba gran severidad á sus súbditos y á sus discípulos por las menores faltas. Estaba José en Roma, y uno de sus Religiosos que vivía en Génova tomó una noche una postura poco decente en la cama. Apareciósele al punto nuestro Santo, reprendiéndole por su negligencia. No sólo no se permitió jamás una palabra poco honesta, pero ni una broma, y si alguno se olvidaba, interrumpía inmediatamente la conversación. Hasta con desconfianza atendía siempre á que sus alumnos hablasen modestamente, y lo que es más de notar, jamás en sus grandes enfermedades, permitió á los que le servían que vieran descubierta la parte más insignificante de su cuerpo».

Declara el P. Scaffellati que vivió con él mucho tiempo y con gran intimidad: «Ni aun en sus numerosas enfermedades, ni aun en su extrema vejez, aun que con frecuencia entraba yo en su cuarto, jamás le sorprendí una sola vez olvidado de la modestia más escrupulosa».

Añade el Hermano Ferrari que le servía: «Se tenía tal respeto á sí mismo, que, cuando le servía, jamás, ni aún al ayudarle á cambiar la ropa blanca, pude ver descubierta la menor parte de su cuerpo. Ni aun el brazo pude verle siendo así que todos los días le aplicaba el cauterio, porque había hecho una abertura en la manga que correspondía exactamente á la llaga».

Jamás levantó los ojos para mirar á alguna mujer, aunque le visitasen numerosas bienhechoras: jamás permitió que le besasen la mano, según costumbre de Italia, y cuando no podía evitar aquella señal de respeto, ocultaba la mano bajo el manteo. Afirmaron sus confesores que murió virgen, conservando hasta el fin la inocencia bautismal. No olvidará el lector el milagro de pureza que siguió á su muerte, cuando queriendo lavar el cadáver, viéronle sus Religiosos cubrirse dos veces, prueba irrefutable de su admirable pureza.

OBEDIENCIA

Refiérese la Obediencia especialmente á los Mandamientos de Dios y de su Iglesia, y al respeto y sumisión á los Superiores eclesiásticos y á los de la Congregación. Escuchemos á los testigos: «En todos los estados y en todos los tiempos fué el siervo de Dios modelo de Obediencia, viviendo siempre conforme á las leyes de la Iglesia Católica, observando exactamente los divinos preceptos, y tratando de hacerlos observar. De esta manera pudo conservarse siempre en la pureza del bautismo. Recuerdo que, estando enfermo en la Cuaresma, á los noventa años, jamás quiso quebrantar el ayuno á pesar de la orden del médico, hasta que, no teniendo en casa Superior que le pudiera mandar, obtuvo permiso por escrito del General de los Conventuales». Renovóse muchas veces este hecho en su última vejez, como lo declara el Hermano Ferrari: «Cuando servía al bienaventurado José, y tenía entonces noventa años, aunque abrumado de enfermedades, jamás consintió en quebrantar el ayuno sin permiso escrito del médico, y firmado por los Superiores, diciendo que obraba así para conformarse con las leyes de la Iglesia que jamás se había permitido violar. Sucedió muchas veces que, teniendo permiso del médico, le llevé huevos y leche. No quiso ni gustarlos, porque aquel permiso no estaba autorizado por el Superior delegado por el Cardenal-Vicario después de la supresión del Instituto. Contentábase entonces con pan, agua y vino; y reprendiéndole severamente, contestó: «No sabe V. lo que ordenan las leyes de la Iglesia, que quiere obligarme á quebrantarlas con tanta facilidad? ¿No sabe que soy un pobre viejo con gran necesidad de hacer penitencia? Renovábase esto con mucha frecuencia, sobre todo en las vigilias y en las cuatro Témperas, y no sin fuertes reprensiones». ¡Qué lección para los cristianos de nuestros días, que no pueden someterse á las tan mitigadas obligaciones del ayuno y de la abstinencia!

Oigamos á otros testigos; «Sometíase á todos los Decretos y Constituciones Apostólicas, ordenando á sus Religiosos que se conformasen estrictamente con ellos. Siempre manifestó gran respeto á la Santa Sede y á los Prelados de la Iglesia, y en el momento de su muerte, recomendó calurosamente á sus Religiosos presentes y á los que hubieran de venir después, que conservasen esta misma veneración.—Fué intrépido defensor de la Santa Sede y de la Iglesia Romana, y obediente servidor de los Soberanos Pontífices, de los Obispos y de los Prelados. Manifestó la más perfecta deferencia á cuanto mandaba el Papa, sin restricción de ninguna clase, hasta cuando le fueron tan perjudiciales sus órdenes. Acostumbraba á decir: Miraría como favor especial de Dios el que su Vicario en la tierra me llamara, y me condenara á galeras; tal orden sería para mí una prenda del Paraíso.—Lleno de respeto hacia sus Superiores,

obedeció perfectamente aun á los indignos, como Mario, el Padre Visitador y el P. Esteban, exhortando á todos á que les obedecieran. Privado de su cargo de General, se nombraron cuatro Asistentes de semana: se arrodillaba en su presencia pidiendo la bendición y permiso para salir, y á la vuelta, iba á visitarle, pidiéndole otra vez la bendición. Uno de los Asistentes halló poco decoroso para él obrar de aquella manera, y manifestó que renunciaría el cargo, si el Santo General no estaba dispensado de pedir aquel permiso. Disuadióle José, diciéndole que estimaba en mucho aquella práctica.—Se manifestaba tan sumiso á Mario, como si él que había sido Fundador y General, no fuera más que simple lego, repitiendo con frecuencia que nada hay más fácil y seguro que obedecer á los Superiores cualesquiera, que fueren».

En efecto, nada podía haber más meritorio que aquella obediencia á Superiores tan indignos; pero su fe no veía más que la dignidad oficial, y animaba con todas sus fuerzas á los otros Religiosos á obrar como él, rogándoles, suplicándoles de palabra y por escrito, mientras duró su poder.

En una palabra, cumplió hasta el heroísmo esta Regla de sus Constituciones: «Honrarán como á Padre al Superior, cualquiera que sea, obedeciéndole completa, pronta, generosa y humildemente, sin excusas ni réplicas, y lo harán fácilmente, si en todo Superior, aunque mande cosas difíciles y dolorosas por naturaleza, se esfuerzan por reconocer á Nuestro Señor Jesucristo, que dijo á los Superiores: El que os escucha me escucha: el que os desprecia me desprecia». (1)

Concluiremos este capítulo de las Virtudes de Nuestro Santo con estas palabras del Evangelio: Comenzó por hacer lo que predicó toda su vida, (2) como puede verse leyendo este libro.

(1) *Qui vos audit me audit, qui vos spernit me spernit.* (San Luc. X. 16).

(2) *Caepit Jesus facere et docere.* (Hechos Apos. I. 1).



CAPITULO XXXII

LA RESURRECCIÓN

1646-1655

HABÍA dado Dios á conocer á San José las desgracias que habian de pesar sobre su Orden, pero haciéndole saber al mismo tiempo su gloriosa resurrección después de diez años. Como hemos visto, decía y escribía sin cesar. «Después de mi muerte, renacerá el Orden floreciendo más que nunca». Y lo afirmaba hasta en su última enfermedad, cuando estaba peor que nunca la Orden. Gran número de Religiosos dudaron, y salieron del Instituto; viviendo aún él, y después de su muerte: pero otros, testigos de su brillante santidad y de sus innumerables milagros, permanecieron más firmes que nunca esperando los acontecimientos. Eran las piedras fundamentales de su reconstrucción.

A pesar de la escasez de personal, en el primer año después de su muerte, estableciéronse sus hijos en Litomisle, ciudad de Bohemia, llena de herejes, prometiendo los sectarios desollar vivo al Superior, y cortar la cabeza á todos los Religiosos, si se atrevían á presentarse. Felizmente el heroísmo de su valor les ayudó en gran manera al restablecimiento de su Orden, pues en poco tiempo convirtieron 2.230 herejes, como consta de las actas auténticas del Senado, de los últimos días de diciembre de 1649 y de los primeros de enero de 1650. Todavía existen aquellas Actas en la Propaganda. Continuaron en los años siguientes las conversiones: en 1650 hubo 103; en 1651, 340; y así en los demás años, pues ordenó la Sagrada Congregación que se la tuviera al corriente. El 27 de junio de 1651 escribía el Provincial de Polonia al Cardenal Capponi. «Los herejes convertidos permanecen, gracias á Dios, firmes y constantes en nuestra Santa fe; sólo nos falta una cosa: si la obtenemos, ¡qué felicidad para las Escuelas Pías! ¡Cuánto progresaría la fe en Alemania, Bohemia y Polonia! ¡Mayor número de obreros ayudarían admirablemente! *Messis multa, operarii pauci*. Dignese vuestra Eminencia interceder cerca del Soberano Pontífice para la restauración de nuestro Instituto». El Rey de Polonia,